Imaginarios animales.
Perros y gatos en las sociedades antiguas de Occidente

Imaginary of Animals.

Dogs and Cats in Ancient Western Societies

Lidia Girola

Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco

lgirola2000@yahoo.com

Resumen

Este trabajo se propone reconstruir brevemente los imaginarios acerca de perros y gatos en las sociedades griega y romana de la antigüedad occidental. Se parte de la idea de que los imaginarios y las representaciones son parte del mundo real, son construcciones sociales y se manifiestan en las formas del lenguaje, las imágenes, los discursos, las interacciones y los instrumentos y aparatos que forman nuestro mundo de la vida cotidiana. Los imaginarios y representaciones de perros y gatos son parte de una continuidad histórica, y por lo tanto, encontramos diferencias y semejanzas entre los imaginarios de la Antigüedad y los actuales; por otra parte se identifican procesos de humanización y proyección de sentimientos y caracterizaciones humanas en los animales con los que convivimos.

Palabras clave: imaginarios: representaciones: Antigüedad grecolatina: perros; gatos.

Abstract

This paper aims to briefly reconstruct imaginaries about dogs and cats in the Greek and Roman societies of Western Antiquity. It is based on the idea that imaginaries and social representations are part of the real world, are social constructions and are manifested in the forms of language, images, discourses, interactions and the instruments and devices that form our world of daily life. Imaginaries and representations of dogs and cats are part of a historical continuity, and therefore, we find differences and similarities between imaginaries of antiquity and the current ones; humanizations processes and projection of feelings and human characterizations towards the animals with which we live are identified.

Key Words: Imaginaries; Social Representations; Greco-Roman Antiquity; Dogs; Cats.

Recepción: 19.4.2019

Aceptación definitiva: 22.5.2019

Introducción

La relación material y afectiva de los humanos con los animales implica una carga simbólica fundamental: ¿qué son, qué significan los animales para los seres humanos, y específicamente los animales en cohabitación¹, qué elementos inciden en esa relación? La hipótesis que guía este trabajo es que la relación humano/animal, y específicamente humano/animal de compañía, es una construcción social, y por lo tanto supone idealizaciones, prejuicios y caracterizaciones que se modifican con el paso del tiempo y que son diferentes en cada momento y sociedad concreta. La segunda hipótesis es que ciertas concepciones acerca de los animales de compañía más comunes, los perros y los gatos, han experimentado cambios pero también continuidades a lo largo de la historia. La tercera hipótesis es que los humanos construimos nuestra relación con los animales no humanos adjudicándoles características, virtudes y defectos que son propiamente humanos, o sea que la visión que tenemos de ellos, al menos hasta ahora, es antropocéntrica, los humanizamos y proyectamos en ellos nuestras propias conductas y emociones.

Si pensamos que la relación humano/animal de compañía es una construcción social y, como toda construcción social, esa relación está datada en el tiempo y en el espacio, e implica elementos materiales y simbólicos con una historicidad y temporalidad específicas, entonces es posible señalar no sólo los usos, posiciones y funciones de los involucrados en esa relación sino también las formas en que son representados y en la que son imaginados a lo largo de la historia. Hay una relación mutuamente constituyente entre sociedad (las relaciones sociales prevalientes en una determinada época y lugar), naturaleza (los seres que pueblan el mundo, humanos y no humanos), cultura (los elementos simbólicos a través de los cuales otorgamos significado y entendemos “nuestro” mundo) y lo material (las cosas que sirven de sustento, de soporte y de mediación entre las tres dimensiones anteriores, pero que justamente por su carga material influyen y condicionan los procesos de acción).

En las sociedades actuales en Occidente (Europa, Estados Unidos y América Latina) la tenencia de animales de compañía ha aumentado de manera notoria, y lo que en este estudio me propongo, es encontrar los antecedentes históricos que permitan entender ese proceso.

Una brevísima reflexión sobre los imaginarios y representaciones sociales

Los imaginarios sociales son esquemas mentales la mayoría de las veces no conscientes, que permiten a las personas entender el mundo en el que viven y consecuentemente actuar en él.

¹ Intencionalmente no he usado el término “mascota”, ni el más actual y supuestamente más correcto de “animal de compañía” porque el papel de los perros y gatos en la antigüedad grecolatina y los imaginarios subyacentes a la percepción y el trato hacia estos animales iban mucho más allá de lo que esos términos significan en nuestras sociedades. La definición propuesta por el Diccionario de la Real Academia Española asimila “mascota” a “animal de compañía”. Pero considero que es muy pobre, ya que si bien algunas mascotas son excelentes compañeros, reconocen a sus dueños e interactúan con ellos, otros por lo general no lo hacen, por ejemplo los peces dorados, las tortugas o las arañas. Para una discusión acerca de ambas nociones ver: Grier (2006:6, 7) y Díaz (2017).

No implican una correspondencia con lo real, sino que surgen de una especial configuración de lo real en la mente de ciertos individuos y de ciertas colectividades. Se constituyen a partir de las prácticas, pero a la vez, cobran una cierta autonomía, ya que perduran más allá de las prácticas que pudieron darles origen. Son a la vez, como ya lo señalara Castoriadis, instituidos por e instituyentes de la sociedad en la que existen. Su importancia, y la necesidad que tenemos los investigadores sociales de descubrirlos y analizarlos, deriva del hecho de que no sólo están en la mente humana, sino que movilizan, son motores de la acción, y por lo tanto tienen consecuencias, no siempre buscadas o conocidas por los actores, pero son elementos cruciales en la configuración del mundo. Las representaciones son la objetivación, la concreción tanto material como simbólica de esos imaginarios, que pueden aparecer como discursos, imágenes, mecanismos, aparatos, monumentos y un largo etcétera. Tanto los imaginarios como las representaciones son construidos intersubjetivamente, en el transcurso de la historia de cada sociedad y grupo concretos. Pero en cada época y sociedad, si bien se pueden encontrar imaginarios y representaciones predominantes, existen otros, muchas veces contrapuestos a los primeros. Esa es la razón de que en este trabajo se hable de imaginarios y representaciones, siempre en plural.

Esos supuestos de trasfondo a los que llamo imaginarios, establecen “regímenes de representación”, o sea que los imaginarios, profundos, inobservables per se, que son sin embargo partes de “lo real” (no meramente ficciones) se manifiestan y estructuran en cada sociedad y época, en diversas, a veces complementarias y a veces contrapuestas, representaciones de la realidad. Esas representaciones pueden ser tanto de nociones abstractas como Nación o Dios, como de elementos materiales como los animales, son socialmente construidas a lo largo de la historia, que se expresan a través del lenguaje y utilizan variados elementos para concretizarse son parte del mundo simbólico, cultural y material en el que vivimos.

Un breve recuento histórico de la relación humano/animal

En el caso de los imaginarios y representaciones con respecto a los animales, pueden identificarse a lo largo de la historia de Occidente varios imaginarios ligados la pureza, la inmundicia, las relaciones de género, el asco, la amistad, la furia, el temor o el placer. De allí, que las personas, en cada sociedad, hayan proyectado en los animales sentimientos y emociones, virtudes y defectos propiamente humanos y hayan encontrado en los animales las figuras apropiadas para representar estereotipos que los confirmaran en sus apreciaciones inconscientes. Podemos encontrar por lo tanto, en las caracterizaciones y representaciones de los animales, muestras de esos procesos de humanización derivados de un antropocentrismo inconsciente, a la vez que proyecciones en los animales, de deseos, pasiones y prejuicios propiamente humanos pero inconfesables.

La domesticación de perros y gatos

La domesticación de animales comenzó probablemente con un antecesor del perro, en el paleolítico, 15.000 años antes de nuestra era. Pero la domesticación como un proceso generalizado y creciente, surgió en el neolítico, junto con la sedentarización, las armas de piedra pulida, y la agricultura incipiente. Cabras y ovejas fueron de los primeros animales cuya cría fue controlada por los humanos. Probablemente, el perro doméstico descienda del lobo asiático (*canis lupus*) y del chacal africano (*canis mesomelas*). Se han encontrado esqueletos de perros en enterramientos que datan de entre 12.500 y 9000 años de antigüedad, por ejemplo en zonas que ahora conocemos como Israel o Turquía. Las razones de la temprana convivencia entre humanos y perros son motivo de especulación, pero puede deberse entre otras cosas, a la necesidad de contar con un ayudante en la cacería, defensa y guardia ante peligros externos al asentamiento, alimento en épocas de escasez, e incluso algo que ha caracterizado la relación hasta la actualidad: la compañía. Podemos pensar que la convivencia fue de mutua utilidad: los humanos proporcionaban comida y los perros eran un recurso extra para facilitar la sobrevivencia en entornos hostiles. En la cultura de varias sociedades, se les asignaba un papel simbólico específico (destinado entre otras cosas a superar los miedos atávicos profundos, por ejemplo, a la muerte): en el Antiguo Egipto, el dios chacal Anubis guiaba a los muertos ante Osiris, y existen imágenes del faraón Ramsés con sus perros de caza².

En cuanto a los gatos, su domesticación fue concomitante con el desarrollo de la agricultura. En el cercano oriente y sobre todo en Egipto, hay rastros de la presencia de gatos en cohabitación con humanos desde el 7000 o 7500 a.C., y de su domesticación en el Antiguo Egipto desde el 4000 a.C. La acumulación del grano propia de esa economía agrícola antigua atrajo a los ratones y diversas alimañas y eso atrajo a los gatos, sus depredadores naturales. También fueron útiles como cazadores de serpientes. Por su papel protector, sumado a su belleza y gracia, los egipcios lo asociaron con la diosa Bastet, y se le adjudicaron los mismos significados que a la diosa: fecundidad, luz, calor y energía, pero también misterio, noche y luna. La asignación de significados ambivalentes al mismo animal es algo bastante común a lo largo de la historia de la humanidad. Los imaginarios gatunos prevaletentes en Egipto asociaron a los gatos no sólo con una función de extrema utilidad, sino que se les asignó una tarea trascendente, el velar las almas de los muertos. Se castigaba severamente al que le diera muerte, los dueños cuando el gato moría se afeitaban las cejas en señal de duelo y se han encontrado miles de momias de gatos, embalsamados junto a sus dueños³. Los imaginarios gatunos difieren enormemente de una época a otra, mucho más que los de los perros.

² En la epopeya de Gilgamesh en Sumeria, se mencionan perros de caza muy preciados (2150 a 2000 a. C.) y en los poemas en escritura cuneiforme que relatan el descenso de la diosa Innana –1775 a.C.– también se mencionan perros.(ILCE, s.f.).

³ Uno de los últimos descubrimientos, en el año 2018, en la zona de las pirámides de Saqqara, en Egipto, fueron tres tumbas pertenecientes al Imperio Nuevo (entre los siglos XVI y XI a.C.), con momias de gatos y esculturas de la diosa Bastet, junto con las momias de otros animales, como escarabajos (CGTN, 2018).

Los imaginarios perrunos en la Antigua Grecia

La relación humano/animal en la Antigua Grecolatina era muy diferente de la que existe en la actualidad. Había una línea de continuidad mucho más clara entre lo humano y lo animal. Quizás por eso tantos filósofos se dedican a tratarla. También es algo a hacer notar que la discusión, que nos parece tan actual, acerca de las obligaciones de los humanos para con los animales, la caracterización de los mismos y la necesidad de compasión y de no matarlos sin necesidad o maltratarlos, estuvo presente en el pensamiento y los debates, muchas veces ríspidos, de los filósofos griegos y romanos. Se pueden identificar claramente dos posiciones encontradas, con múltiples matices a lo largo del tiempo: la de los que sostienen que los animales son seres que piensan, prevén y tienen virtudes como la valentía, la lealtad, la prudencia, que los asemejan claramente a los seres humanos y por lo tanto son seres morales a los que se debe respetar (un claro ejemplo de esta posición la encontramos en Pitágoras de Samos –569-475 a.C.– y Plutarco de Queronea –59-120 d.C. La otra posición es la de los que sostienen que no son racionales y dado que tienen diferencias mentales e intelectivas tan grandes con los seres humanos, podemos considerarlos a nuestro servicio: un ejemplo es la obra de Aristóteles (384-322 a.C.) (Flores y Terán, 2018:216) y los filósofos estoicos como Cicerón (2014) (106-43 a.C.). Un elemento que también conviene señalar es que tanto para los filósofos griegos como también, aunque en menor medida, para los romanos, el tema de la transmigración de las almas está siempre presente: si existe la transmigración, y por lo tanto la re-encarnación (y tanto Pitágoras como Platón (Mársico, 2018:133), Plutarco y los neopláticos creen en eso), puede pensarse que: a) comerse a un animal es un acto de canibalismo, y b) habría una obligación moral para con los animales. De cualquier manera, hay que notar también, que la caracterización de los animales se da siempre en comparación con los seres humanos, donde éstos últimos están dotados de capacidades racionales superiores, y que cuando se intenta señalar las virtudes y defectos de los animales, se les adjudican esas virtudes y defectos en términos humanos: la valentía, la lealtad, la amistad, la avaricia, la desvergüenza, son proyecciones humanas hacia los animales, no son una descripción de la naturaleza animal. Esto se ve con claridad en los distintos imaginarios con respecto a los perros en la Antigua Grecia.

Según un interesante estudio reciente (Andrade, 2011), en la Antigua Grecia (aproximadamente del año 500 a.C. al año 146 a.C., lo que comúnmente se llama el período clásico y el helenístico de la historia de Grecia), los perros eran utilizados como guardián de casas y templos y como compañeros de su amo. Sin embargo, según diversas fuentes tanto documentales como pictóricas, es posible detectar, no dos sino tres imaginarios predominantes: a) el perro como animal impúdico, b) el perro como guardia y protección y c) el perro como fiel compañero.

Lo interesante del trabajo de Andrade Kobayashi es que nos permite entender cómo, ya desde épocas muy antiguas, los seres humanos asociaron su relación con los perros con virtudes y defectos propios de los seres humanos.

El perro como animal impúdico

En este caso se vio al perro (supongo que a los callejeros y sin dueño) como un ser sin moral ni vergüenza, falto de respeto y sin *diké*, sentido de la justicia, que a pesar de convivir tan cerca de los humanos, no había adquirido las normas de comportamiento necesarias para vivir en la polis. “Al perro le caracterizaba la falta de *aidós*, que es respeto y vergüenza. Simbolizaba la *anaídeia* bestial, fresca y franca” (García Gual, 2018:21) Se le considera individualista, que actúa por conveniencia, mantiene sus hábitos naturales con completa deshonestidad y falta de recato, hace sus necesidades y realiza actos sexuales a la vista de todos sin mayores miramientos, orina en las estatuas de los dioses, e incluso roba las ofrendas de los altares (García Gual, 2018:25). En Grecia, nos dice la autora, se utilizaba el calificativo “perro” o “perra” como insulto a los y las que por afán de provecho o por un arrebató pasional, quebrantaban las normas fundamentales de la decencia⁴. En textos tan antiguos como la *Ilíada*, por ejemplo, se encuentran ejemplos de esto: Aquiles le llama “cara de perro” a Agamenón, porque le robó una esclava, e incluso los dioses se insultan entre sí llamándose “mosca de perro”, en griego, *Kynámuia* (García Gual, 2018:22).

Esopo (s.f.) (c. 620-564 a.C.) mostró en sus fábulas, las distintas representaciones del perro como ser defectuoso, en “El perro y el pedazo de carne” (codicioso y estúpido); “El herrero y el perro” (astuto y aprovechador); y “El perro envidioso” (mezquino). Si bien en sus fábulas utiliza personajes animales, lo hace para mostrar virtudes y defectos humanos, y para sacar conclusiones edificantes o moralejas.

La valoración del perro como animal impúdico y desvergonzado deriva y se construye a partir de la proyección en el animal de consideraciones morales que se aplican a los vicios humanos; podemos considerar entonces que este imaginario perruno, se conformaba por la extrañeza que causaba el comportamiento animal del perro, que a pesar de su cercanía con los humanos no había aprendido a comportarse con decencia; y esa extrañeza se combinaba y enfrentaba al humano con lo que él mismo tenía de animalidad, o sea, sus deseos y pasiones, que son reprimidos por las convenciones sociales pero que quedan sepultados en el inconsciente, como un sustrato oscuro y peligroso. Deshonestidad, falta de respeto y recato, actuar por conveniencia, ¿no son todos defectos propiamente humanos? Ese imaginario, el del perro como animal desvergonzado e impúdico, era obviamente una proyección humana que desconocía el hecho de que el perro es un animal, que se comporta de acuerdo a su naturaleza, no de acuerdo a las convenciones sociales.

⁴ Incluso en la actualidad, el calificativo “perra” es un insulto que le grita a una mujer el hombre que se considera agraviado o despreciado por ella.

En la antigua Grecia, en la escala del mundo animal (¡y ya desde los griegos los seres humanos hemos intentado siempre clasificar, valorar, juzgar nuestro entorno!) los perros ocupan, por adjudicarle esas características de estupidez, codicia, mezquindad..., uno de los últimos lugares, mientras que las abejas y las hormigas (animales “sociales”) son modelos de “civilidad”. Se puede detectar entonces, que subyacentes al imaginario del perro como un ejemplo animal de los peores defectos humanos, que implica por lo tanto una humanización negativa del perro, hay otros imaginarios: el comunitario (el supuesto individualismo aprovechado del perro es nefasto; la comunidad, y la solidaridad que la mantiene unida son fundamentales para la sobrevivencia y por lo tanto, virtudes, que el perro no acata ni respeta) y el antropocéntrico⁵ especista y elitista (la relación humano/animal no humano se concibe siempre en término jerárquicos: en la escalera del ser, los humanos están arriba, por encima de todos los animales, y las virtudes humanas se expresan en la participación en la polis, algo que incluso no les estaba permitido a todas las personas). Pero además el asignar características negativas y escoger a algo o a alguien, los perros en este caso, como peligroso, sucio, impuro, tiene un objetivo, garantizar la propia virtud o valor, reafirmar la propia identidad humana (individual o en el caso griego, comunitaria o de clase). Pensar algo como impuro o sucio, indecente o promiscuo, tiene que ver además con una definición social ancestral que asocia la suciedad y la impureza con desorden; “la suciedad [y por extensión la animalidad], ofende al orden, su eliminación [...] es un esfuerzo positivo por organizar el entorno” (Douglas, 1973:16) Como la misma Mary Douglas señala, en su ya clásico texto de 1973, no hay suciedad absoluta, la suciedad, la impureza, existen sólo en el ojo del observador. La sociedad de la antigua Grecia (como cualquier otra) definió sus propios criterios de impudicia, suciedad e impureza, y los perros, salvo aquellos que eran criados y mantenidos en funciones sociales específicas, eran la representación de todo aquello que podía amenazar la vida civilizada de la polis.

⁵ Según señalan Leticia Flores Farfán y Carolina Terán (2018) Aristóteles es sin duda el más prolífico e influyente autor de la antigüedad en el tema de los animales. Se preguntó cuál es la naturaleza de los animales humanos y no humanos, cual es la relación entre ambos, cuáles son las diferencias ontológicas, cuales son los criterios de clasificación del mundo animal y la forma de evaluar las propiedades intelectuales de animales y hombres. Su más extenso tratado sobre el tema se llamó Investigación sobre los animales, que es un tratado de zoología donde recopila hechos, pero además escribió Movimiento de los animales, Reproducción de los animales, Partes de los animales. El ser humano es considerado un animal más. Duda de que entre el ser humano y los demás animales existan relaciones de justicia pues no hay algo en común que unifique sus intereses. Los animales existen para satisfacer las necesidades del hombre en múltiples ámbitos de su vida. La filosofía aristotélica es antropocéntrica. Dice también que entre los seres humanos y los animales hay semejanzas o rastros de estados psicológicos comunes: docilidad o ferocidad, dulzura o aspereza, coraje o cobardía, temor u osadía, apasionamiento o malicia, sagacidad. El alma de los niños durante su infancia no difiere prácticamente nada del alma de las bestias. La amistad animal se basa en la utilidad, no en la reciprocidad nacida de la elección mutua. Aristóteles reconoce diversidad de caracteres en los animales: las ovejas y cabras son vistas como simples y dadas a estar en familia; las vacas y las yeguas también son seres gregarios a las que además se les reconoce un sentimiento maternal; otros animales son considerados como seres especialmente inteligentes ya que cohabitan con otros animales al comprender la utilidad que les proporcionan (de los leopardos a las arañas); o bien porque desarrollan una serie de estrategias para subsistir que denotan ingenio y habilidad. Ensalza a las abejas. Realiza estas caracterizaciones como meras analogías de los comportamientos humanos. El estudio de los animales se realiza siempre tomando al ser humano como punto de referencia para el análisis.

Andrade por su parte señala que si bien este imaginario negativo con respecto a los perros es predominante, también puede encontrarse en Grecia una deriva positiva: si el perro es un animal, por lo tanto un ser natural, sin los fingimientos e hipocresías que caracterizan la vida en sociedad, entonces puede tomarse como modelo de vida. Esto último fue lo que en un principio nutrió la postura de los filósofos cínicos, que reivindican, como Antístenes (445-365 a.C.) (García Gual, 2018:34) y su discípulo Diógenes de Sinope (412-323 a.C.) (García Gual, 2018:51), un retorno a lo natural y espontáneo, a una vida despreocupada, sincera, independiente y libre. Diógenes se contenta con ser un hombre perruno, un *kinikós*, que imita la *anaídeia* (la desfachatez) y la *adiaphoría* (la indiferencia) para con las convenciones sociales (García Gual, 2018:26).

El cinismo, representado principalmente en la postura de Diógenes, está conectado con los animales en dos sentidos: desde el punto de vista político, el cínico se representa con la imagen del perro, un animal que no puede ser pensado sino en la ciudad, y que tiene la función de vigilar, cuidar, pero vive al margen de sus normas y costumbres, atendiendo sólo a su naturaleza. Desde el punto de vista ético, los animales se constituyen en modelo de cómo debemos vivir, ya que siempre se adaptan a las circunstancias y por ello viven con lo que es suficiente. (Gerena, 2018:51)

El imaginario del perro como guardián y protector

Co-existe con el anterior y se le contrapone, aparece ya en las fábulas de Esopo (s.f.) en “El ladrón y el perro” y en “El lobo y el perro”, en las que se resalta la importancia del perro como guardián de los hogares y templos. Varias historias refieren cómo fue un can, Soter, el que junto con otros 49 perros defendió a Corinto de un ataque por mar en mayo de 581 a.C. La protección no era sin embargo sólo frente a enemigos o ladrones, sino también en relación con la locura o peligros del otro mundo. Se acostumbraba rociar sangre de perro en la entrada de las casas y templos como una manera de evitar el mal. La representación más conocida es la de Can-cerbera, un perro monstruoso de muchas cabezas que guardaba la entrada del Érebo o Hades para que los muertos no pudieran salir y los vivos no pudieran entrar. Este animal (de cien, cincuenta o tres cabezas según distintas representaciones⁶) aparece repetidamente en la mitología griega: Orfeo lo duerme con su lira para rescatar a Eurídice; en el doceavo trabajo de Hércules éste lo arrastra encadenado al exterior del infierno. Andrade (2011:19) señala que a partir de la cotidiana figura del perro domesticado que cuida la casa, se configura una imagen mitológica, agregándole elementos de monstruosidad, violencia y misterio.

Podemos decir entonces, que este imaginario del perro como custodio, va más allá de sustentar la utilidad del perro guardián, ya que al estar presente en rituales mágico-religiosos y en la mitología, está asociado también con el imaginario profundo de la necesidad de purificación y/o expiación. En el santuario de Asclepio en Epidauro se criaban perros, que eran luego sacrificados porque eran abundantes, baratos y fáciles de controlar. Durante el verano se celebraba la *kunophontis* (la matanza de perros) donde se los sacrificaba para apaciguar a los

⁶ Los mitos de la antigüedad perviven aún en la literatura más reciente: encontramos a Cancerbero resguardando puertas y secretos en las aventuras de Harry Potter (Rowling, 2000).

antepasados de un hijo del dios Apolo con Psámate, Lino de Argos, que fue devorado por los perros de su abuelo, Crotopo. El perro, así como la utilización de ciertos colores, ciertos tabúes alimenticios y rituales de limpieza, participa de imaginarios ancestrales relacionados con la pureza/impureza como criterio de asignación de valores, vicios y virtudes.

El imaginario del perro como fiel compañero

Desde la época de Homero (siglo VIII a.C.) existe en la antigua Grecia el imaginario y múltiples representaciones de los perros en vínculo estrecho con sus amos, a los que dispensan fidelidad y amor incondicional. En la Odisea, es Argos, el perro de Ulises, el único que lo reconoce cuando éste llega finalmente a su hogar en Ítaca, después de veinte años de aventuras y desgracias posteriores a la guerra de Troya. Platón cuenta cómo Sócrates reflexiona acerca de las virtudes del perro, que es capaz de reconocer amigos y enemigos, sin dejarse llevar por las apariencias: “El perro es un animal que combina fogosidad con mansedumbre pero, sobre todo, que es filósofo por naturaleza, ya que distingue lo que es propio y lo que es ajeno a partir, respectivamente, del conocimiento y el desconocimiento” (Mársico, 2018:68-69).

Xantipa, la mujer de Sócrates a la que el filósofo le llevaba cuarenta años, conocida en la literatura como mujer de mal carácter, que incluso llegó a volcar un orinal en la cabeza de su marido, hizo sin embargo inhumar a su perro en un promontorio junto al mar, lo que quizás sea una muestra del afecto que sentía por el animal. Son muchos los casos de devoción perruna que implicaban incluso el sacrificio a favor de su amo que aparecen en la mitología griega. Quizás es por esa característica que los perros también eran considerados de gran valor (y en esto es interesante señalar que imaginarios contrapuestos, incluso contradictorios, pueden coexistir en la misma sociedad), por ejemplo Zeus ofreció un perro de bronce que Vulcano había forjado para él, a Europa, hija de un rey de Fenicia, para obtener sus favores, o que Alcibíades pagó por un cachorro la, en ese entonces, fabulosa suma de 7000 dracmas.

Aristóteles describe siete razas de perros en Grecia (lo cual puede considerarse como un signo de que eran apreciados y en consecuencia se los criaba): el Epiro, pastor grande y fuerte; el Meliteo, pequeño y delicado y antepasado del maltés; los perros guardianes de Laconia; los Molosos, probablemente llegados de Persia con Jerjes alrededor del año 480 a.C. que eran muy apreciados por los cazadores y por su gran fuerza utilizados por Alejandro Magno en las guerras; los de Cirene, y otros dos llegados de tierras lejanas, de Egipto y la India. El mismo Alejandro, cuando murió uno de sus perros favoritos, le puso su nombre a una de las ciudades por él conquistada.

Por último, el perro está presente en la cultura de la antigua Grecia como nombre de la estrella Sirio, que aparece en la constelación del Can mayor, en el período de los días más calurosos del verano, llamados, “los días del perro” o canícula.

Esta valoración extremadamente positiva del perro, por su amor, devoción, fidelidad y ser el mejor compañero de sus amos, ha llegado hasta hoy y forma parte de los imaginarios perrunos en la actualidad.

Imaginarios gatunos en la Antigua Grecia

A diferencia de los perros, los gatos en la antigua Grecia llegaron de fuera: los egipcios se negaban a venderlos y en Grecia no se conocían. Comenzaron a importarse, casi de contrabando, por su utilidad como cazadores de alimañas, y porque otros animales utilizados previamente por los griegos para esa tarea, como las comadreja y los hurones, olían mal, y en cambio los gatos eran más limpios. Sin embargo, y dada la extraordinaria capacidad de reproducción de estos felinos, es dable pensar que en el imaginario de los griegos, a pesar de su número creciente, que podría resignificar su apreciación inicial, prevaleció, durante mucho tiempo, la utilidad que podía brindar el animal, y sus funciones como muestra de una situación económica privilegiada en la construcción del imaginario. Al gato se lo vio más como un juguete, un artículo caro y de lujo para ofrecerlo a las cortesanas. En las fábulas de Esopo (s.f.) no aparecen gatos, sino comadreas. En la pintura y la cerámica son escasas las representaciones de gatos. Herodoto, Aristófanes o Calímaco mencionan esporádicamente gatos en sus textos; y hay un gato enfrentándose a un perro en un bajorrelieve de la batalla de Maratón (siglo V a.C.) Podemos decir entonces, que el imaginario con respecto a los gatos podía dividirse en dos: el imaginario del gato cazador y el imaginario del gato como artículo de lujo.

Los imaginarios sobre los perros en la antigua Roma

Como partícipes de una matriz cultural compartida, las representaciones e imaginarios acerca de los perros en Roma, tienen fuertes similitudes con Grecia⁷. Fuentes documentales como:

- Las *Metamorfosis* de Ovidio (1981) –43 a.C.-17 d.C.–, finalizadas alrededor del año 8 de nuestra era, narran las transformaciones que sufren ciertas figuras míticas en árboles, plantas, piedras o animales. Es una obra que enlaza la mitología y la poesía. La única mención que encontramos cercana a nuestros intereses son las desdichas de Hécuba y su transformación en perra.
- Las *Fábulas* de Fedro (1823) –15 a.C.-55 d.C.– con propósito moralizador. Su antecedente son las fábulas de Esopo. La moraleja es explícita. La utilización de los animales es peculiar, porque no ve las características propias del animal, sino que los utiliza como ejemplos de virtudes y defectos humanos. Se pudieron contabilizar 10 menciones a perros, y tan sólo una a gatos. Pero en ellas los imaginarios se corresponden con lo común de la época: el

⁷ Paso (2012) describe siete tipos de perros en Roma según su utilidad: los que acompañaban en la caza, los que participaban en los combates en el anfiteatro, los guardianes, los animales de compañía, los que comen los desperdicios, los perros sacrificiales y los que estaban en lugares de enterramiento y devoraban cadáveres. Sin embargo, no hace mención de los perros que combatían en las legiones, de los que hay numerosos ejemplos e ilustraciones.

imaginario del perro fiel, aunque a veces puede abusar de la liberalidad humana; y el imaginario del gato como embustero, y de refinada malicia, aparte de chismoso.

- *De Re Rustica* de Lucio Junius Moderatus Columela –4 - c. 70 d.C.– (Camps, s.f.), un hispano-romano experto en agricultura. En su obra principal, demuestra un conocimiento de primera mano de los temas de los que trata, no fantasioso ni anecdótico. Dedicó los capítulos XII y XII del Libro Séptimo a los perros: formas de selección, de reproducción, datos etiológicos, dietas alimentarias, caudectomía (forma de cortar la cola de los perros, sobre todo de los pastores), reglas sanitarias. Lo peculiar de Columela fue que tenía una visión práctica de los perros: no hay compasión, ni sensiblería, ni proyección de virtudes y defectos humanos, ni humanización: se les debe dar bien de comer, hay que dejarlos con la madre los primeros seis meses, y curarlos cuando tienen enfermedades. Son útiles y cercanos, son perros de guarda (molosos oscuros por lo general); de protección (perros claros algo menos robustos pero igualmente fieros) y de caza, aunque a estos últimos no les dedica mayor atención, porque su interés es lo agropecuario, y la caza la ve como un distractor. Es Columela el que por primera vez utiliza el término “veterinario” para aquél que cuida la salud de los animales (Camps, s.f.).
- La *Historia Natural* de Plinio el Viejo (2003) –23-79 d.C. De las obras mencionadas, es quizás la de Plinio la que más influencia tuvo no sólo en los imaginarios animales en Roma sino sobre todo en los diez milenios posteriores. Fundó sus afirmaciones tanto en autores conocidos como Aristóteles como en otros de los cuales pocas referencias se tenían o se tienen, y en observaciones propias; también usó fábulas, anécdotas y lo que ahora consideramos mitos y fantasías. Pero lo interesante es que propone una taxonomía de los animales, describe sus características (reales o supuestas), sus formas de alimentarse, dormir, cazar y aparearse. Y en algunos casos, con sorprendente cercanía con lo que ahora sabemos o creemos saber de ellos. Sin embargo, para el tema que nos ocupa, sus aportaciones son mínimas. Hay una referencia sucinta acerca de los perros, que reafirman el imaginario del perro como defensor y fiel a su dueño; del perro soldado; y del perro cazador, sagaz y hábil. Repite lo dicho por autores anteriores en el sentido de que puede conocer y re-conocer a su amo y entender sus palabras y las voces familiares. Lo curioso es que la mención a los perros ocupa un solo parágrafo, mientras que en cuanto a los elefantes, los leones y otros animales, incluidos los pájaros, se explaya con generosidad. En cuanto a los gatos, los traductores y comentaristas consideran que las escasísimas menciones al animal, que no ameritan tan siquiera un parágrafo, podrían referirse más bien al gato montés, que era lo que los antiguos conocían más y con el que estaban más familiarizados.
- Los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial –40-104 d.C.–, un poeta latino y las *Sátiras de Décimo Junio Juvenal* –60-128 d.C.– un poeta romano, ambos en el período del emperador Domiciano, retratan lúcida y a veces incluso despiadadamente a sus contemporáneos, y utilizan en sus burlas a los romanos, la relación que éstos tenían con sus animales.

- *De Natura Animalium* de Claudio Eliano –c. 175 - c. 235 d.C. Según señala José María Díaz-Regañón (1984) en la Introducción a *Historia de los Animales, que fue como se tradujo al español el libro*, una de las principales preocupaciones de Eliano, es demostrar que los animales, guiados por un instinto natural, son capaces de sentimientos elevados, más elevados que los del hombre mismo: generosidad, espíritu de sacrificio, amor a la prole, veneración hacia los padres, castidad, etcétera. El interés que ofrece la obra para detectar los imaginarios animales de la época, es diverso: por una parte, nos permite acceder al pensamiento de muchos autores cuyas obras están perdidas. Por otro lado, si bien casi todo es anecdótico en la obra, y Eliano mezcla seres fabulosos con supersticiones y algunos datos de observación directa (pocos), lo interesante es que nos permite entender que la gente estaba ávida de evasión, y admitía de buen grado todo lo que el autor relataba, ya fueran absurdos, maravillas, exóticas costumbres, e increíbles sucesos. No hay que olvidar que en la época helenística, tiene gran auge la literatura paradoxográfica, que relata fenómenos anormales o inexplicables y que hacía las delicias del público. En cuanto a los perros y los gatos, aparecen en el texto de Eliano mucho menos que otros animales, sin embargo son una muestra de los imaginarios prevalecientes: el perro como guía y protector (X-45); el perro como capaz de razonar (VI-59) y por lo tanto ser un eficaz ayudante en la cacería; el especial afecto y cariño de los perros hacia sus amos, de los cuales son fieles compañeros (VI-25; VI-62VII-10;VII-29;VII-38). En total, hay 43 referencias a los perros. El caso de los gatos es muy diferente: sólo hay 5 referencias a los gatos en todo el texto, pero sólo en una de ellas (VI-27) aparecen con claridad dos imaginarios gatunos, el de su carácter lujurioso (imaginario negativo), y el de su capacidad para enterrar las heces, lo que lo hace ser un animal higiénico, no pestilente (imaginario positivo).

Todas estas obras muestran tanto lo común como las variaciones y diferencias que existen al respecto en la cultura romana, en la cual es posible encontrar tanto imaginarios que se asemejan a los griegos como otros que resaltan cualidades de los animales que anteriormente no habían tenido peso; y además el énfasis en esas distintas cualidades varía.

Las diferencias entre corrientes filosóficas nutrieron también parte del imaginario romano frente a los animales. La escuela de los estoicos, originada en Grecia en el siglo III a. C. con Zenón de Citio, fue la que gozó del mayor prestigio entre los romanos. Y si bien pregonaban la sobriedad, la sencillez y esto implicó la revalorización de la espiritualidad, en relación con los animales sostuvieron una posición opuesta a la de los cínicos: todos los humanos forman parte de una comunidad universal, de la que no forman parte los animales, por carecer de raciocinio. El alma de los animales percibe pero no conoce. Los animales que han nacido con un propósito útil, como gallos, perros y caballos, cumplen con su misión de hacer más placentera la vida de los humanos, no merecen ninguna consideración especial y se les debe sacar todo el provecho posible. Estoicos destacados son Cicerón (106-43 a. C.), Séneca (4 a. C.-65 d. C.), Epicteto (50-130 d. C.), y el emperador Marco Aurelio (121-180 d. C.). Cicerón sostenía que en los

animales no hay justicia, ni equidad ni bondad porque están privados de la razón y del habla. La utilidad para los humanos es la única razón de existir para los animales (*Sobre los deberes* I, 16, 50 (2014:32) (Muñoz-Alonso, 2018:166). En los textos de Séneca (Muñoz-Alonso, 2018:173) se recriminan los espectáculos en los que se sacrifican animales pero sólo por sus consecuencias sobre los humanos y su pernicioso ejemplo moral. Como dice Diógenes Laercio (historiador romano del pensamiento filosófico) “los sabios ideales de los estoicos, no son compasivos” (Laercio, 2007:7, 123). Sólo en las *Meditaciones* de Marco Aurelio es posible encontrar una posición diferente, ya que apela a la compasión como uno de los rasgos por el que los seres racionales deberían regir su comportamiento. A partir del 250 d. C. la corriente filosófica predominante en el pensamiento romano fue el neoplatonismo; siguiendo a Platón esa escuela sostiene que lo propiamente humano es lo que el ser humano no comparte con los animales, o sea, la razón; los animales son un horizonte frente al cual el ser humano se define. Si bien los neoplatónicos Porfirio y Plotino (alrededor del 268 d. C.) abogan contra el consumo de carne, lo hacen por el trasfondo del imaginario de la transmigración de las almas, y su pacifismo. Y sostienen que los animales son como nosotros, no para nosotros (Zamora, 2018; Muñoz-Alonso, 2018).

Se pueden señalar por lo tanto:

(i) El imaginario del perro como ejemplo de fidelidad y virtud; (ii) el imaginario del perro como auxiliar en la cacería, (iii) el imaginario de la fiera, la agresividad y la protección; y (iv) el imaginario del perro como soldado. Todos estos imaginarios aparecen en las múltiples representaciones de los perros, en esculturas, pinturas y mosaicos, y también en textos que se han conservado.

El imaginario del perro fiel

Si bien, como señala Andrade (2011:24-26) la *De Natura animalium* de Eliano no puede considerarse un texto científico y ni siquiera como veraz en su recuento histórico, permite entrever las características que hacían del perro para los romanos un animal confiable y apreciado. En este imaginario se le adjudican las virtudes del espíritu de sacrificio, el amor al prójimo y la generosidad. Si bien es indudable que la fidelidad al amo e incluso el afecto pueden ser comportamientos observables, indudablemente nos encontramos aquí con otro proceso de proyección de virtudes humanas en el perro. El imaginario perruno presente en numerosas anécdotas y episodios relatados por Eliano, pone de relieve que los romanos adjudicaban a este animal la capacidad de amar desmesuradamente al dueño, y serle leal hasta la muerte, y por lo tanto, se llega a pensar en que el perro es un dechado de virtudes morales y un modelo a seguir (principalmente por las esposas del amo, por ejemplo).

Una fuente importante que permite reconocer el papel que como amigo más fiel tenían algunos perros, la encontramos en las lápidas dedicadas a los *canis catelli*, perros pequeños, de compañía para los niños y además símbolo del estatus social de sus dueños, que muchas veces

reservaban una tumba que pudiera acogerlos a ambos, cuando cada uno de ellos muriera. Desde el siglo I d.C., las clases más acomodadas comenzaron a tener en sus casas y villas perros que no sólo guardaban el hogar sino que propiamente cumplían el papel de compañero⁸s. Si bien en la Roma retratada por Marcial y Juvenal, la del emperador Domiciano, de esplendor político y decadencia moral, cualquiera podía poseer un perro (Paso, 2012), los perritos malteses de pelaje blanco que eran fundamentalmente perritos de compañía y juguete de los niños, fueron sobre todo poseídos por las clases pudientes. Aunque el cariño y la afición desmedida por los animales y sobre todo por los perros de compañía, fueron señalados por diversos autores como muestras de degradación moral⁹. El perro llegó a convertirse en el arte funerario en un símbolo de fidelidad (Toynbee, 1973:109) Así puede constatarse en una lápida datada en el siglo II d.C. en la que su dueño se lamenta de haber perdido a su perro *Patrice*, de quien dice que era inteligente y dulce. En otras lápidas, también de los siglos II y III d.C. los dueños se refieren a sus perros muertos como dulces y amables, cariñosos, y alegres, y llegan a decir que su pérdida les dolió más allá de toda medida¹⁰. Aquí encontramos entonces, un antecedente del imaginario actual de los perros de compañía, que los asimila a miembros de la familia, con derecho a comer en la mesa, acostarse en la cama del amo, y recibir arrumacos. Sin embargo, la construcción de este imaginario animal reconoce un elemento clasista. Los *canis catelli* no fueron habituales entre los sectores menos privilegiados de la sociedad romana, pues entre ellos no se entendía la utilidad de tener un perro que no trabajase como guardián, pastor o cazador.

⁸ Las menciones a los *canis catelli* son abundantes en los *Epigramas* de Marcial y en las *Sátiras* de Juvenal, quienes refieren el amor que algunos conocidos romanos demostraban por sus animales de compañía: las perritas de Zoilo que podían saborear las vísceras de un ganso: *anserum exta lambentis*; o como la perrita Isa, que dormía en la cama junto a su dueño Publio: *collo nixa cubat capitque somnos, ut suspiria nulla sentiatur* (Marcial, *Epigramas*, III,82,19 y I, 109, 8s., citado por Paso, 2012:25-36).

⁹ “Se dice que el ateniense Poliarco alcanzó tal extremo de degradación debido a su molición que organizaba funerales públicos a la muerte de sus perros y gallos preferidos. Invitaba a los entierros a sus amigos, tributaba suntuosos honores fúnebres a sus animales, y tras erigirles unos cipos funerarios, hacía inscribir en ellos sus epitafios” (Eliano, 2006: libro VIII-4:181). Si bien Eliano era romano, escribía para un público culto, en griego, y sus *Historias Curiosas* son una miscelánea de anécdotas destinadas a entretener y a la vez servir de ejemplo moral a sus conciudadanos. Según señala Juan Manuel Cortés Copete (2006:181) en la época son abundantes las muestras de ese tipo de relación con los animales, y pone como ejemplo el poema compuesto por Adriano a su caballo Borístenes: *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL) XX 1122.

¹⁰ *Portavi lacrimis madidus te nostra catella...* “Te he portado en mis brazos con lágrimas, nuestro pequeño perro, como en circunstancias más felices te llevé desde hace quince años. Pero ahora, Patrice, ya no me darás mil besos, ni serás capaz de echarme afectuosamente alrededor de mi cuello. Tú eras un buen perro, y con enorme pena he puesto para ti esta tumba de mármol, y te uniré para siempre a mí mismo cuando muera. Te acostumbraste fácilmente a un humano con tus hábitos inteligentes. ¡Ay, qué animal doméstico hemos perdido! Tú, dulce Patrice, tenías la costumbre de unirte a la mesa y pedirnos dulcemente comida en nuestro regazo, estabas acostumbrado a lamer con tu lengua la copa que mis manos sostenían para ti y a acoger con regularidad a tu cansado amo con meneos de cola...” :inscripción fragmentaria, tan sólo la esquina superior derecha (38 x 28 x5cm) de lo que debió ser en el siglo II d.C. una hermosa lápida de mármol blanco, catalogada como ‘CIL X 659’, en un rincón oscuro de la iglesia de Santa Marina en Amalfi, sur de Italia (Díaz, 2016).

El imaginario del perro cazador

El imaginario del perro como fundamental en la caza, le hace cobrar, más allá de su utilidad práctica, un significado entrañable para su amo. Esto puede observarse en textos de Arriano, Séneca, Columela, Virgilio, Marcial, Petronio. Arriano señala que a los *canis venatici*, al igual que a los hombres de espíritu generoso, les gusta ser alabados y llamados por su nombre y había que compensarlos por entregar la caza a los amos, con caricias y palabras de aliento. Los maravillosos mosaicos romanos encontrados en Pompeya o en la Villa dei Casale de Piazza Armerina en Sicilia dan cuenta de ello. Si bien los perros cazaron junto a los seres humanos desde el Paleolítico, para los romanos eran una muestra de sacrificio, valor y fidelidad. En los mosaicos y pinturas aparecen tanto en escenas mitológicas, como en retratos de aventuras especiales, (a veces el señor de la casa se hacía retratar como una figura mitológica) luchando contra jabalíes, leones, y osos, y en los textos de los autores mencionados se destacan las diferentes razas (galgos, lebreles, molosos, vertragos, melitae) con sus habilidades peculiares, y sobre todo, su capacidad de obediencia: no comían la presa, sino que la guiaban a la trampa, y en el caso de presas pequeñas como liebres o patos, cuando ya estaba muerta, delicadamente la llevaban en la boca a los cazadores.

El imaginario del perro guardián

Es similar pero incrementado con respecto al de Grecia, y tuvo en Roma una fuerza mucho mayor, adjudicándosele al perro una fiereza y agresividad en la defensa de las vidas y el patrimonio de sus dueños y de los templos que cuidaban que convertían a los *canis villatici* en casi sagrados. La famosa leyenda *cave canem* (cuidado con el perro) en los mosaicos con figuras de perros en actitud de defensa y ataque, con las fauces abiertas, encontrados en las ruinas de las viviendas romanas, permiten pensar que la función de fiera protección ejercida por el perro se extendía no sólo a los posibles intrusos o ladrones, sino también era una defensa contra el mal. Los extraños no eran solamente los desconocidos, sino los espíritus del inframundo. Lo que actualmente consideramos rituales supersticiosos, en los que intervenían perros, eran parte constitutiva de la cultura de la antigua Roma. Ejemplos de esto eran las lupercalias. Los sacerdotes sacrificaban un cachorro de perro a Lycus o Lucus y tocaban con el animal muerto a todos los que buscaban la purificación. Por ello llamaron a este rito *periskylacismo* o purificación por medio del perro. También era costumbre entre los antiguos romanos, antes del nacimiento de un bebé, sacrificar un perro ante el altar de la *man geneta*, madre de los lares, para pedir un parto fácil y larga vida al nuevo miembro de la familia. El imaginario perruno de la guardia y la protección estuvo por lo tanto anclado tanto en la visión romana del peligro concreto que podían suponer los ladrones, enemigos y traidores, como en su cosmogonía mágico-religiosa, lo que suponía por lo tanto, sumar el imaginario del perro sacrificial *canis in ara*, al imaginario de guardia y protección.

El imaginario del perro soldado

Otro imaginario presente en Roma, es el que liga a los perros, sobre todo a algunas razas como los molosos, con un papel crucial en el combate. Tanto en las guerras, como en el circo. En la arena, los perros, no sólo fungían como compañeros de los gladiadores contra fieras de gran tamaño como osos o leones, sino que también podían ser los contrincantes de los luchadores, tal como se relata con respecto a los combates sangrientos que un tal Lúculo, quien estaba a cargo de los juegos y fiestas en Roma, organizaba para entretener a los ciudadanos romanos (Lewinsohn, 1952:19; cit. Andrade, 2011:26). En cuanto a la guerra, los romanos pronto aprendieron de otras culturas la utilidad de los perros de pelea, lo que los llevó a crear ejércitos de perros, que el propio Julio César empleó, por ejemplo, en la conquista de las Galias en 56 a.C. y en Britannia. Los llamados *canis pugnacis*, eran principalmente los perros molosos, utilizados preferentemente porque eran grandes, fuertes, de orejas pequeñas y poderosos colmillos. No sólo como defensa, sino también como atacantes y como “perros de enlace, a los que se les hacía tragar un tubo de cobre que en su interior contenía un mensaje, y cuando llegaba a su destino era eviscerado para recuperar el tubo con la información” (Andrade, 2011:27).

Este imaginario perruno concibe al animal como belicoso, y obviamente implicaba temor, que sólo podía disminuir con el correcto adiestramiento del perro, para que al ser azuzado respondiera a las órdenes impartidas. Si bien los guerreros romanos podían tener algún que otro animal favorito, antes que el vínculo afectivo, predominaba la utilidad. Las características remarcadas eran la vehemencia y la fogosidad, propias del furor que se esperaba tanto de los animales como de los hombres en las batallas. A los *canis pugnacis* de las legiones se les cubría con placas de cuero para protegerlos de las flechas enemigas, se les adosaban recipientes con fuego y los enviaban a entremezclarse con las tropas enemigas generando terror e incendios. También se les colocaba un tipo de coraza que llevaba cuchillas que producían heridas cortantes y collares con púas metálicas. Esos aditamentos y artefactos, formaron parte de las representaciones de los perros guerreros, y siguieron utilizándose en la Edad Media y en la Conquista de América. En las legiones, los perros fueron queridos y utilizados a la vez. Pero obviamente, no tenían nada que ver con lo que en la actualidad conocemos como perros de compañía.

Se puede ver entonces, que algunos imaginarios griegos en torno a los perros no están presentes en Roma, como el del perro como lujurioso, desvergonzado y sucio. Y en cambio, su papel como amigo fiel, más allá de la utilidad, ligado al juego, al disfrute de la mutua compañía, cobra mayor relevancia, hasta llegar en casos extremos, a lo que podríamos denominar amor. Ese predominio progresivo de imaginarios ligados al afecto, no debe sin embargo hacernos suponer que los antiguos romanos poseían una ética compasiva con respecto a los animales, ni que el bienestar y la salud de los mismos se considerara una obligación por parte de los amos.

Imaginario gatunos en Roma

Para los romanos los gatos fueron cazadores y animales de compañía. Hay constancias de que desde el siglo V a.C. los romanos conocían a los gatos, porque se han encontrado monedas acuñadas en la región de Calabria, con figuras de gatos, lo que puede indicar que se los consideraba valiosos. Al introducirse en Roma, por sus contactos con Egipto, el culto a la diosa Bastet, que los romanos identificaron con Isis, se extendió también la consideración del carácter sagrado de los gatos. En los templos dedicados a la diosa, se han encontrado pequeñas estatuas de gatos, una de ellas puede verse en una cornisa del Palazzo Grazioli, en Via della Gata en Roma. Existen representaciones de gatos en vasos y figuras, y son considerados genios tutelares en esculturas galo-romanas. Fueron bien acogidos en las legiones, y los soldados pintaban gatos en sus escudos e incluso los llevaban en sus campañas. De eso puede deducirse que la percepción de los gatos era positiva en la antigua Roma. Pero de cualquier manera, en comparación con los perros y otros animales, las representaciones en mosaicos y pinturas que se han conservado hasta hoy, son escasas. Esto puede significar que por su elevado precio, sólo cuando su proliferación permitió que no sólo las familias ricas los poseyeran, los gatos ocuparon una posición importante en el imaginario romano. Si bien hay algunas menciones en autores clásicos como Plauto, Columela y Plinio el Viejo¹¹, no existen, como en el caso de los perros, fábulas donde aparezcan gatos como cazadores, lo que podría indicar que dicho papel, al menos en los primeros siglos de la historia de Roma, lo detentaban las comadreas. Sin embargo, podemos identificar claramente dos imaginarios contrapuestos en el caso de los gatos, tal como se señalaba en páginas anteriores, como se desprende de los comentarios de Eliano: el imaginario negativo del gato como un ser lujurioso, que incluso en el caso de los machos acosan desvergonzadamente a las hembras, y el imaginario gatuno positivo que resalta la higiene: los gatos rechazan tanto la pestilencia que entierran sus propias heces (Eliano, 1984: libro VI-27)

Reflexiones finales

El propósito de este texto fue mostrar cómo, ya en la Antigüedad grecolatina, los mecanismos de humanización de los animales, aunque con características diferentes a las actuales, ya estaban presentes. Lo mismo con los procesos psicológicos de proyección de características, virtudes y defectos humanos en los animales; sobre todo, en los más cercanos. Los textos antiguos citados, como los estudios de historia natural y las fábulas, muestran a mi entender claramente, lo mismo que las disquisiciones de los grandes filósofos de la época, que los seres humanos han construido su relación con los animales, (en el caso que nos ocupa, con los perros y los gatos), como una relación estrecha y complicada, donde la utilidad y el afecto se articulaban. Los

¹¹ Sin embargo, como se mencionó más arriba, es probable que los gatos con los que los romanos tuvieran más familiaridad no fuesen los gatos domésticos (*felis silvestris catus*), tal como los conocemos ahora, sino más bien pequeños gatos silvestres o incluso el gato montés, tanto el europeo como el africano (*felis silvestris silvestris*; *felis silvestris lybica*), que son muy similares aunque un poco más grandes. El gato montés africano es al parecer el antecesor más probable del gato doméstico actual.

imaginarios perrunos y gatunos en Grecia y Roma, y no sólo la función específica que se les asignaba, eran parte de esa relación. Y que aspectos actuales, como la compasión, el pensar si son o no seres morales, o sintientes, o que merecen justicia; o son simplemente seres a nuestro servicio, son constructos imaginarios que ya de alguna manera estaban en los humanos que nos precedieron. Podemos encontrar en los imaginarios perrunos y gatunos de la antigüedad, tanto elementos comunes como claras diferencias con la situación actual. Si tomamos en cuenta que la cohabitación con los animales era en épocas antiguas muy diferente de lo que es para los urbanitas del presente, podemos ver con claridad que el papel y las funciones de los animales divergen a lo largo del tiempo. Pero si hacemos el énfasis en la importancia de los animales para los humanos, independientemente del tipo y grado de civilización, nos damos cuenta de que la vida misma es una red de relaciones donde humanos y animales no humanos son mutuamente constituyentes. Y eso a pesar de que habitualmente, tanto en el pasado como ahora, los seres humanos construimos nuestra relación con los animales desde una posición antropocéntrica, adjudicándoles características, virtudes y defectos que nos son propios; humanizándolos, incluso desde una perspectiva especista, jerárquica; y proyectando en ellos nuestras propias emociones, temores y necesidades. El significado de los animales domésticos en cohabitación, algunos de los cuales son mantenidos por su utilidad, y otros por la compañía que nos brindan, ha variado a lo largo de la historia, pero forman parte de redes de existencia sin las cuales no es explicable ni entendible la vida en el mundo.

Referencias

- Andrade Kobayashi, M. (2011). Representaciones e imaginarios perrunos: desde Grecia hasta la Conquista de América. *Universum*, (26), 11-48.
- CGTN [Cadena Global de Televisión de China] (2018). Momias de gatos en excavaciones en las pirámides de Saqqara. *CGTN en español*. <https://espanol-m.cgtn.com>
- Cicerón, M. T. (2014). *Los deberes* (I. J. García Pinilla, traducción, introducción y notas). Madrid: Editorial Gredos.
- Cortés Copete, J.M. (2006). Introducción y notas. En C. Eliano, *Historias curiosas* (pp. 7-34)). Madrid: Editorial Gredos.
- Díaz, L. (2016, 14 de noviembre). En memoria del amigo más fiel. *Los fuegos de Vesta* (entrada blog). losfuegosdevesta.blogspot.com/
- Díaz-Regañón López, J.M. (1984) Introducción General. En C. Eliano, *Historia de los animales I-VIII*. Madrid: Gredos.
- Díaz Videla, M. (2017). ¿Qué es una mascota? *Revista AJAYU de Psicología*, 15(1):53-69.
- Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro*. México DF: Siglo XXI.
- Eliano, C. (1984). *Historia de los animales. Libros I-VIII*. Madrid: Editorial Gredos.
- Eliano, C. (2006). *Historias curiosas*. Madrid: Editorial Gredos.
- Eliano, C. (1984) *Historia de los animales I-VIII*. Madrid: Gredos.
- Esopo (s.f.) *Fábulas*. <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx>

- Fedro (1823). *Fábulas de Fedro* (J. Carrasco, traducción). http://es.wikisource.org/w/index.php?title=Fábulas_de_Fedro&oldid=877533
- Flores Farfán, L.; Farfán, C. (2018). Pitágoras y Plutarco. La compasión por los animales o sobre el horror de las “mesas tiesteas”. En L. Flores Farfán y J.E. Linares Salgado (coords.), *Los filósofos ante los animales. Historia filosófica sobre los animales: Antigüedad* (pp. 17-50). Ciudad de México: UNAM/Almadía.
- Gerena Carrillo, L. (2018). El cinismo: una ética desde la animalidad. En L. Flores Farfán y J.E. Linares Salgado (coords.), *Los filósofos ante los animales. Historia filosófica sobre los animales: Antigüedad* (pp.51-74). Ciudad de México: UNAM/Almadía.
- Grier, K. (2006). *PETS in America. A History*. Carolina del Norte: The University of North Carolina Press.
- ILCE [Instituto Latinoamericano de la Comunicación] (s.f). *La Leyenda de Gilgamesh 2500 a.C.* <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx>
- Laercio, D. (2007). *Vidas y opiniones de filósofos ilustres*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lewinsohn, R. (1952.) *Historia de los animales*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Mársico, C. (2018). De cisnes y de bestias. Animalidad y filosofía platónica. En L. Flores Farfán y J.E. Linares Salgado (coords.), *Los filósofos ante los animales. Historia filosófica sobre los animales: Antigüedad* (pp. 133-165). Ciudad de México: UNAM/Almadía.
- Muñoz-Alonso López, A. (2018). El estoicismo y los animales. En L. Flores Farfán y J.E. Linares Salgado (coords.), *Los filósofos ante los animales. Historia filosófica sobre los animales: Antigüedad*. (pp. 166-187). Ciudad de México: UNAM/Almadía.
- Ovidio (1981). *Las metamorfosis*. Barcelona, Ed. Bruguera.
- Paso Rodríguez, C. (2012). *Homines et canes: el vínculo entre el ser humano y el perro en la obra de Marcial y Juvenal. Epos, (28), 25-36.*
- Plinio el Viejo (2003). *Historia Natural Libros VII-XI*. Madrid: Editorial Gredos.
- Rowling, J.K. (2000). *Harry Potter y la cámara secreta*. Barcelona: Emecé.
- Toynbee, J.M.C. (1973). *Animals in Roman Life and Art*. Barnsley, South Yorkshire: Pen and Sword Books Ltd, 2003.
- Zamora Calvo, J.M. (2018). El animal en los primeros neoplatónicos: el enfoque de Plotino y Porfirio. En L. Flores Farfán y J.E. Linares Salgado (coords.), *Los filósofos ante los animales. Historia filosófica sobre los animales: Antigüedad*. (pp.188-215). Ciudad de México: UNAM/Almadía.